

Cristalina Tortura

Quietud, un anhelo buscado durante toda su vida y que ahora entre los hilos del destino, experimentaba con un cierto regusto amargo. Sergio siempre consideró que su vida estaba supeditada al murmullo incesante de los teclados de su ordenador, ahogado entre papeles y sin una ilusión por la que seguir después de su pasado; esa noche encontró un motivo por el que luchar. Aquel que en estos instantes transparentes y a la vez oscuros jugaba con su pobre respiración.

–¿Por qué ahora? ¡Dejadme en paz! -gritaba sin ser oído-. ¿No soy digno de este papel que mi cordura me ha otorgado?

Como cada maldito lunes, la rutina comenzaba en aquel escaso rincón de su habitación, frente a mil y un pixeles o leds o lo que fuera que conformara aquella pantalla del demonio que no le dejaba ni a sol ni a sombra. La fama nunca estuvo a su lado y toda esperanza e ilusión por contar historias en breves estrofas se vio truncada y reflejada en sus “afamadas canciones” por las cual aborrecía su profesión. Mirarse al espejo y ver la vergüenza del fracaso emocional no era el consuelo de tantos éxitos mediocres. Su cara desfigurada marcaba su pasado, las quemaduras que dejaron el lado izquierdo de su rostro como un cráter en erupción, restaban el ávido atractivo que siempre le caracterizó con sus ojos achocolatados profundos, espalda ancha y hombros redondos y ese gesto torcido e inocente de su boca cuando captaba la belleza y que compaginaba a la perfección con el ondulado azabache de su media melena.

Un ciento de burdas caras bonitas contaban sus sueños a través de gargantas angelicales, que él odiaba como si fueran su peor enemigo, voces que abrasaran su alma con cada nota.

En un año lo pudo tener todo y solo el afán de conseguir más nubló su amor, aquel amor universitario que consiguió tras arduas esperas, detalles, regalos y un sin fin de melosas pruebas que consiguieron derrocar el corazón de su adorada Marisa, cuando un loco y afortunado drogadicto intentó robarle y violarle en uno de los pocos callejones sin estelas verdosas que adornaban el municipio de *Santa de Bezana*.

–¡Deja a la chica maldito desgraciado! -gritó Sergio ¿Quieres dinero? Ven a por mí.

Eran unos miseros instantes los que le separaban de todo y ahí y ahora recordaba con nitidez, el ataque frontal de aquel yonqui y su navaja y de como él, aún lleno de pavor, se enfrentó a la muerte a pecho descubierto. Como en cualquier novela no pasó lo esperado, pero a pesar de sufrir aquella casi mortal herida en su costado derecho, al menos le sirvió para que aquella hermosa muchacha no se separara de él el resto de su vida.

Aunque todo por desgracia tiene un final y el hombre no conoce los límites del amor. Torpe e inútil marioneta de sus deseos más profundos.

Su primera canción, su primera venta a una discográfica. Una mujer que apoyó su carrera sin condiciones a pesar de los fracasos y que por entonces guardaba en su vientre el fruto de sus noches de amantes, vio truncada su efímera felicidad por cuenta del pecado de la carne.

Aquella fiesta improvisada por la compañía, colmó a ambas almas de dos destinos muy distintos. Marisa estaba radiante, su embarazo denotaba la variedad más exquisita de la belleza, pero a la vez

la transformación de su cuerpo no la dejaba disfrutar de los placeres con él. Las curvas de aquella pelirroja de labios turgentes y extensas piernas, clavaron un puñal en el alma de Marisa, mientras él solo podía gemir en aquel rincón de la habitación de invitados a horcajadas de aquel cabello de fuego y su piel lechosa como la luna.

-Eres demasiado bueno para ser verdad cariño, derrama tu deseo sobre mis nalgas -le susurraba la seductora mujer, mientras Sergio comía de sus pechos con ansia.

-Tu fuego aviva mis adentros, nunca pensé que esto existiera -gemía él sin control.

-Y mis ojos no pueden creer lo que ven -dijo casi en un susurro lastimero y lleno de pena sorpresivamente Marisa.

-¡¡Amor mío!! -gritó el joven asustado.

-¡¡No quiero volver a verte jamás maldito bastardo!! ¡¡Hoy será la última vez que me veas y nunca conocerás a tu hijo!!.

Aquellas palabras aún recogían cada gramo de oxígeno de sus entrañas y en esos momentos de quietud y a pesar de la calma que lo rodeaba sabía que el castigo era el idóneo.

Nunca pensó que sus palabras escondieran otra realidad distinta a la que con los años el pueblo y el resto del mundo, le repudió sin contar apenas con su terrorífico aspecto.

Tras intentar torpemente quitar a la hermosa pelirroja de su entrepierna, corrió por las escaleras de aquella bonita y peculiar casa que compraron para un futuro que ya no existía. De ladrillo rojo, con esquinas recubiertas con piedra color marfil y ventanas semicirculares decoradas del mismo material que simulaban los ojos de un payaso, imponía en las noches de tormenta. Ahora deslumbraba por las luces de la fiesta, y las decenas de invitados que apenas conocía y que trataba de esquivar en busca de su mujer, parecían muñecos de trapo interpuestos en su camino. Los nervios y la pulida brillantez del suelo enlosado, le hicieron resbalar ante la atónita mirada de todos e incluso tiró a su agente Diego Márquez, un gordo sin escrúpulos que vendía a su madre si fuera necesario y que casi se traga el puro que fumaba en la caída.

-¡¡Hombre chico, ten más cuidado!! ¿Qué demonios te pasa?

-Es mi mujer, se ha ido y voy tras ella -dijo azorado Sergio sin siquiera ayudar a incorporarse al agente.

-Tranquilo hombre, las mujeres son así y más en estos estados -le dijo con sorna mientras intentaba agarrarle para que se quedara.

-¡¡Déjame, no entiendes nada!!

Aquella bola de grasa medio calva y con sus sudores cayendo sobre su traje verdoso, lo asió de la manga de su camisa y le advirtió que si se iba perdería toda oportunidad de triunfar, dejaría a todos sus invitados y posibles jefes por una simple mujer. Sin dejar de terminar su frase amenazadora Sergio recordaba con una sonrisa el puñetazo que le asestó en toda la mandíbula y como se desplomó a plomo contra una mesilla de cristal con bordes negros que rompió en el acto con su extremado peso.

Cuando salió al galope hacía la salida de su chalet, cuya entrada de tejas rojizas parecían sujetar el balcón del exterior, divisó lo imposible. Asomado a él, la joven pelirroja semidesnuda le sonreía con los ojos parejos al color de su cabello y mientras en la letanía veía como su mujer huía en su

monovolumen, la risa gutural de aquella mujer cicatrizó cualquier salida de aire de sus pulmones y creyó que se ahogaba.

– ¡¡Corre tras tu destino, tarde o temprano serás suyo!! ¡¡Ja, ja, ja, ja, ja!!

Y como si de una corriente bengala se tratara, la joven se fue consumiendo en la noche lunática entre unas carcajadas hediondas y lúgubres que hicieron que él volviera a caer ya en el asfalto de aquella urbanización rodeada del verde natural de Cantabria.

¿Qué era aquello? ¿Quién consumió su pasión hasta perder la razón? ¿Un demonio, un fantasma? Ahora que todo lo sabía, maldijo su curiosidad pero bendijo el final que le esperaba, como buenamente le dijo aquel espectro o lo que fuera... el destino lo esperaba.

Le robó las llaves del Opel a su hediondo agente y con la mente llena de miles e infructuosas frases con las que pedir perdón a su mujer, pisó el acelerador sobre la noche. No tenía perdón y la verdad ni lo esperaba ni lo quería, solo le importaba que su amada no cometiera una locura.

Las lágrimas hervían en su interior y marcaban sus mejillas simulando el cortejo de un río y su caudal. Esquivaba coches sin pensar ni mirar la velocidad a la que iba y saltándose todos los semáforos que salían a su paso.

Una carretera como la SV-4631 que enlazaba con la CA-300 ponía a prueba su pericia con el millar de curvas y la estrechez de su camino. En uno de esos adelantamientos por el carril contrario y a pesar de la ventaja que tenía en aquella maniobra con respecto al camión de basuras que venía de frente, el destino empezó a jugar sus cartas.

De la nada, una acompañante se apareció en el asiento del copiloto. La sexy y “fulgurosa” pelirroja aparecía de nuevo en escena y tras enjugarse los ojos por las lágrimas y bajar el brazo, el vuelco de su alma no tenía comparación humana. La chica le tocó la entrepierna con cara inocente y eso fue suficiente para despistar sus sentidos y ver como el camión se abalanzaba sobre él.

Sin pensar giró el volante hacia la izquierda y el coche dio dos vueltas de campana, arrastrándose por el verde del campo y prendiendo el interior después del golpe contra un árbol. Cómicamente su cuerpo salió disparado al exterior, llevándose consigo media cara envuelta en llamas y llegando a parar en el arcén de color botella y que a unos 300 metros quedaba frente al *Hospital de Santa Cruz*.

Nunca más supo de su mujer, pues fue trasladado por los vecinos de *Soto de la Marina* a urgencias de inmediato; pero algo le decía que el final de su esposa no fue como el suyo propio. Desde joven Marisa le confesó a pesar de su belleza, los pecados de su timidez y su tendencia al suicidio en varias ocasiones de su juventud. Algo afianzaba la creencia de que su destino y el de su hijo lo enmarcó en aquella playa recóndita donde tantas veces hicieron el amor desnudos y donde ella repitió una y mil veces que ese sería un lugar ideal donde perecer por amor.

Pasadas 72 horas se dio por desaparecida y la búsqueda por la zona fue incansable hasta pasado un mes. Se esfumó, y a pesar del trabajo meritorio del equipo de buzos de la guardia civil, la policía nacional y bomberos, no se halló rastro alguno de su mujer sobre la pequeña *Playa de Covachos*, sus escasos 50 metros de longitud eran poco imprevisibles e incluso se peinó con medida las cuevas de roca caliza que daban nombre al lugar. Como último recurso y tras su insistencia a la autoridad se tomó a la desesperada el buscarla hipotéticamente alrededor de la *Isla de Castro*, un pequeño peñón de menos de una hectárea y que se unía con la playa en la bajamar por un tómbolo y que en aquellas noches del mes de agosto dejaban al descubierto ese camino de arena dorada mojada por el agua cristalina de su compañera cantábrica.

Desde joven oyó muchas leyendas del lugar y siempre se dijo que en la antigüedad una joven

bagó por aquellos acantilados por entonces sin acceso al público. Una joven que fue la única superviviente de un galeón inglés que allá por el año 1641 encalló tras buscar refugio en la ensenada próxima en una noche de temporal infernal, se hundió por la zona oeste de la isla y miembros arqueológicos marinos corroboraron la existencia de dicho navío con el hallazgo en 1983 de cañones, proyectiles y anclas de aquel siglo.

Dicha joven anduvo deambulando desnuda por los parajes en aquellas épocas salvajes y nadie se atrevió a acceder al lugar y cuidar de ella, hasta que llegado el duro invierno fue hallada por los aldeanos en una de las orillas colindantes, ahogada y con la piel morada y unos ojos tan hinchados como el vientre que después de meses, les mostró su embarazo oculto.

Ahora, cuando contaba los segundos como si fuesen horas en aquel oscuro silencio, no pudo entender como las señales que marcaron su destino, no fueron vistas por sus ojos. Se obsesionó de tal manera con la historia que aquella joven y su desgracia, que ellos fueron el tema de aquel primer y último éxito que nunca llegó a nada en la noche que sus pecados borrarán a su familia del mapa.

–Mamá no hace falta que vengas, estoy bien. Se cuidarme solo.

–Hijo mío no es normal esa enfermiza obsesión que tienes con la soledad. Al fin y al cabo ella se fue.

Una rutinaria conversación que se repetía cada semana que su madre la llamaba preocupada. La soledad para él fue como el castigo definitivo que se infringió por una penitencia que aún no estaba ejecutada, porque no hay mayor incertidumbre que no saber si tu mujer y tu hijo están vivos.

En tan solo unas pocas semanas su vida dio un giro de 360° y de pasar a un futuro lleno de amor y riquezas, todo se convirtió en un martirio continuo y una ruina profesional de la que no supo salir a través de las letras de sus canciones y que mataba con ingestas de alcohol que provocaban a un más el desdibujo de su rostro cuando se miraba en los espejos de la casa.

Esa noche, arremetió contra todos ellos y cubierto por el estruendo de una tormenta de verano, disimuló el escándalo formado por los miles de trozos de cristal que recorrían la casa y rajaban sus pies descalzos sin inmutarse por la borrachera. Cuando solo quedaba uno por romper, curiosamente aquel que había en la habitación de invitados donde yació con aquel ser indescriptible, éste se apareció reflejado en él detrás suya, pero esta vez con el cuerpo más hinchado de lo normal y con aquel color violeta que marcaba toda su blanquecina piel, su sonrisa seguía siendo diabólica y tras mover su cabello mojado mientras repetía la misma frase que gritó en el balcón hace meses, su cara fue desfigurándose poco a poco como una vela que se consume y fue dando paso a una transformación familiar, ojos almendrados a juego con una nariz respingona y unos labios apiñonados que imantaron cada nervio de su cuerpo y lo petrificaron, pues aquel cuerpo empezó a tomar la forma de su desaparecida esposa.

Cuando la transformación fue un hecho y sus músculos seguían tan rígidos como las raíces de un árbol, la imagen que él en un principio relacionó con su melopea, dejó de sonreír y tras dejar caer un lágrima por su tez, extendió sus brazos con fiereza y con la cara desencajada y llena de furia contenida se abalanzó contra su ebrio marido gritando sonoramente: ¡¡Sigo aquí, ven a mí!!

Sergio descontrolado no supo que dirección tomar y torpemente arremetió contra el espejo ovalado y lo rompió con su cuerpo como si fuera una simple hoja de papel, hoja que le cortó varias partes de su cuerpo entre ellas su vientre. Se giró como pudo entre tanto dolor y la última imagen de aquella visión fue escalofriante, ésta se hizo con uno de los cristales rotos y delante de él se rajó el vientre, mientras sus gritos desaforados martilleaban sus tímpanos y lo que se asemejaba a una placenta sanguinolenta caía a plomo sobre sus pies.

Él cerró sus ojos ante el horror y aunque intentó no hacerlo la imagen lo envolvió en unas nauseas irrefrenables y vomitó sin remedio. Al levantar la mirada, frente a su tez no había nada, solo la cama que lo esperaba como única amante y a su alrededor miles de reflejos de su cuerpo sobre los trozos de un espejo que sí se hizo añicos. Se levantó como pudo y al ir al cuarto de baño y quitarse su camiseta azulada y sus boxer blancos salpicados de motas rojizas, descubrió como su vientre seguía marcado, pero esta vez totalmente cicatrizado y espantosamente con el mismo dibujo que el espectro se hizo a si mismo.

Su propósito fue claro y después de dejar su cuerpo impoluto de cualquier resto de cortes, sus nervios vencieron al sueño y postrado en la cama con su viejo Compaq, trató de hallar respuestas a algo que se le escapaba. Las señales no dejaban de golpear su sien y a pesar de los 12 km que lo separaban del mar, éste y su olor no paraban de insinuarle que aquella alucinación estaba conectada con el pasado y su actual presente.

El caso era que el rostro que provocó sus deseos y jugó con su vida desde entonces le era familiar y debido a su putito bloqueo emocional no pudo discernir su origen. Un flash mojó sus ideas y nunca mejor dicho en ese caso, cuando por azar o quien sabe, puso de fondo la melodía de su fracaso musical. Éste la verdad fue muy poco documentado y solo se dejó llevar por la habladurías de los pueblos del municipio y su corta inspiración y desgana.

-¿Podría ser ella? ¿La naufraga era la culpable de mi amarga existencia? - se dijo sin mucha convicción.

Las notas que hoy le recordaban la inutilidad de su talento, fluían entre sus dedos mientras sus gafas de leer medio caídas reflejaban un millar de enlaces sobre la historia de aquel galeón y su trágico final. Todos repetidos y todos con las mismas indicaciones, solo un nombre coleaba entre los datos de aquel hipotético naufragio, el capitán del galeón y cuya transcripción fonética del inglés le hacía llamarse Guillermo de Alúa.

Sus dedos volaban sobre las teclas mortecinas que la pantalla alumbraba, y en breves clips halló las respuestas. Viejo lobo de mar y militar condecorado por la marina de su país, se hizo a la mar en aquellos tiempos por última vez en medio de la guerra y rebelión de Irlanda. Su rey Carlos I, le obligó a partir en busca de riquezas con las que poder ganar la guerra, pero eso era lo de menos para él. Conforme bajaba el cursor sobre la biografía de aquel marinero de una breve pasada, ante él apareció la chica pelirroja, Ana de Alúa. Su boca se abrió como una caja registradora y sin dejar de leer tras pinchar en su breve biografía, se empapó de la vida y la maldición de aquella joven.

Resultó ser una tripulante casual, pues su padre la obligó a partir con ella en parte por miedo a perderla en las islas por la guerra y por borrar de su pueblo natal las habladurías de su reciente embarazo causado por el hijo de un simple granjero. Huérfana de madre, la joven se hizo a la mar sin muchas reticencias, pues la noche antes de partir con su padre, halló a su amado retozando con una ramera del pueblo. Ésta despechada, juró vengar su agravio con la venganza de castigar a su novio sin conocer jamás a su futuro hijo.

Perdiendo poco a poco las fuerzas que levemente le sujetaban en aquella inmensidad, recordaba el impacto de aquella lectura hecha horas antes. Todo encajaba en su pequeña mente aficionada a adivinar los guiones de una película; Ana murió sola, abandonada a su suerte y engañada por un hombre del que se vengó con su partida... la misma historia que ese supuesto fantasma provocó para que su mujer huyera de sus brazos. ¿Era posible pensar que la esencia maligna que no abandonó este mundo mortal de aquella pobre chica, retrató su venganza en todo hombre que le recordara al padre de su hijo?

Era y lo fue, él lo estaba comprobando en sus carnes. El reloj de pared marcaba la 3:00 de la madrugada, una hora significativa y extrañamente habitual entre los casos de apariciones. Cerró los ojos unos instantes por el cansancio y como si algo o alguien no quisiera que su cuerpo desfalleciera, un ruido se coló a través de su ventana junto al leve frescor de la noche. Saltó de la cama con premura y cuando se asomó divisó como una mujer atravesaba la reja blanca que separa el garaje privado de su chalet del exterior y lo miraba pidiéndole que la siguiera. El viento dejó al descubierto su rostro, era Marisa. ¿Era su mujer, los efectos anodinos del alcohol o el agotamiento y su heridas?

La demencia se apoderó de sus extremidades y prácticamente lo arrojó semidesnudo por las escaleras, cruzando su salón ibicenco, sorteando con torpeza las sillas que rodeaban el comedor y contemplando de lejos aquellas fotos tan bonitas que reposaban sobre la chimenea enladrillada, que se hicieron en su viaje de novios a Egipto. En el hall y a través de los cristales de la puerta enrejada y mezclada con la lluvia intensa del exterior, distinguió una estela de barro que se marcó extrañamente sobre el suelo enlosado del garaje y que se iba borrando poco a poco con la tormenta.

-¡¡¿Marisa, Marisa eres tú?!! -gritaba desconsolado sin respuesta.

Ahora más que nunca estaba seguro de que aquello no era un espejismo y que su mujer quería que fuera tras ella como la noche en que desapareció.

Sin coger abrigo ni paraguas con el que refugiarse, siguió al trote de su desesperación y salió al exterior de la casa. Mojado y con su pelo largo tapándole media cara, captó el murmullo de una voz que le decía en sus adentros: -¡¡ Ven conmigo, donde tantas veces hicimos el amor!!

Ya en el coche y agarrado al volante como si fuera la primera vez que conducía, agarrotado y sin secar su cuerpo, pisó el acelerador y condujo el camino que en pocos minutos lo separaba de la verdad. Una verdad que en los momentos actuales pedía paso ante su destino.

Tan eterna se hizo la distancia como estos breves instantes en los que repasaba su escasa vida. La madrugada se alió con sus ansias de llegar a la playa, pues en esa ocasión la carretera estaba vacía. Sobre un verde y enfangado parking musgoso e improvisado, dejó el vehículo y descendió por las escaleras que se acomodó con el paso de los años a los visitantes de aquel lugar enclavado en un entorno tan atractivo como peligroso.

Creyó distinguir dos jóvenes bañándose en el mar, solo vestidas por la sal del mar y cubiertas por el agua de cielo y la tierra. La locura de un fin de semana y la capacidad de hacer aquello, pues la playa era nudista, lo sacó de una posible irrealidad y una vez que sus pies pisaron la dorada arena mojada, buscó inútilmente a esas posibles novias. Fijó de entre la oscuridad nuevamente su mirada y contuvo durante unos instantes eternos el parpadeo de sus ojos, cuando al salir aquellas esculturales mujeres del azul salado, se percató de que eran Marisa y Ana. Ambas cogidas de la mano y sonriéndole con melosa provocación, fueron trasladándose como en destellos o pequeñas teletransportaciones hacía aquel peñón llamado *Isla de Castro*. La bajamar acompañada de aquella incesante tormenta conformaban una peligrosa trampa mortal, pero su sentido común era ya ignorado por su desconsolada búsqueda de la verdad.

Hipnotizado por las dos deidades que marcaron su pasado, presente y futuro, se encaminó a su destino cuando cruzó el camino arenoso que unía ambos parajes. En la corta, pero escabrosa altitud de aquel rocoso abismo ya reposaban altaneras y deslumbrantes y sin explicación los dos espectros. Estudió brevemente una escalada sobre varias hendiduras de la piedra y con la ayuda de los matorrales que parecían el cabello de aquella pequeña mole, fue escalando con sumo cuidado de no resbalar entre la mezcla de la lluvia y sus zapatillas embarradas.

Dos resbalones fueron los causantes de la apertura de sus recientes heridas y el escozor que martirizaba sus manos medio ensangrentadas, iba restando las pocas fuerzas que le quedaba a su cuerpo. Miró como pudo hacía la cima conforme sus ojos esquivaban las gotas de la tormenta y una furia se apoderó de su interior cuando contempló las risas de complicidad de ambas mujeres viendo su torpe ascendencia. Respiró profundo y se dijo así mismo que el dolor era solo imaginario, gritó hasta romper su voz y desgarrando nuevamente sus manos, brazos y piernas consiguió alzarse hasta la cúspide.

– ¡¡Ja, ja, ja, ja!! ¿Tienes ganas de saber? -dijo esta vez Marisa acercándose sorpresivamente hacía él y provocando su estupor.

– ¡¡Solo quiero dormir en paz, aquí o durante la eternidad!! -gritó roto de dolor, ante tanta ignorancia.

–Que así sea murmuraron ambas jóvenes.

No hubo reacción posible, solo el tiempo insuficiente de ver como aquellos dos seres volvían a abrirse en canal el vientre y se abalanzaban sobre él empujandolo al lado contrario por donde consiguió subir.

En la caída, como si el fantasma de su mujer se adueñara de su cerebro, le mostró la verdad de aquella fatídica noche en la que sus incontrolados deseos mataron su amor con el adulterio. Ella en el monovolumen, rota de dolor, una mano al volante y la otra en su vientre, lloraba si parar y no dejaba de gritar que lo odiaba con todas sus fuerzas y que se vengaría para el resto de su misera vida. En aquella escena y detrás de su asiento, la bruma corpórea de Ana de Alúa con su vestido verde esmeralda y que él en la fiesta no se percató de que no correspondía a la época actual, (pues el deseo le cegó) le susurraba al oído que se dejara morir y le robara el amor de su hijo a un padre que no se lo merecía.

La siguiente escena ya mostraba como las lágrimas de Marisa caían sobre la arena que los vio hacer el amor y de como sus cortos y firmes pasos se adentraban como podían en la pequeña isla, bordeando la calma del mar que se asemejaba a aquella noche y que se distorsionaba por la lluvia copiosa. Sus manos se agarraron al pequeño acantilado que se formaba en la orilla del ala oeste de aquella isla, aquella que hacía siglos también oteó el naufragio del galeón donde Ana debió haber muerto, para no sufrir la condena de ese año de soledad y locura que le hizo perderse en la mar, como así hizo su mujer. Mirando a la inmensidad acuática y gritando al horizonte que volvería a por el traidor amado, su mujer se dejó caer al agua y la escena que aconteció en 1642 se repitió a su vez como si las dos épocas estuvieran separadas por una sola cuerda temporal. Dos mujeres se dejaban ir por la corriente con la misma mala fortuna, su vientre impactó sobre una roca afilada que tapada por el mar, desgarró su vientre y dejó que éste se tiñera a su alrededor de tinte rojo como el vino más puro. Sergio contestó así a su alma y cuando cayó sobre la planicie cristalina del mar, el espíritu de su mujer lo abandonó como el humo de un fumador a través de su boca y una última imagen le hizo paralizar sus pulmones en la recogida de aire, Marisa y Ana reían ante él y desaparecían sobre la superficie del mar.

Quietud, ese anhelo del que hablaba al principio de esta historia, su historia. Contada como en un flashback, mientras su cuerpo inerte y medio inconsciente por el golpe dado contra la misma roca que rajó los vientres de las dos mujeres, se dejaba ir tragando poco a poco el agua verdosa, aquella cristalina tortura que se apoderó de sus últimos sentidos y que al fin y al cabo solo terminó por cerrar su destino esperado.

Sergio Betanzos murió aquella noche de tormenta y su cuerpo nunca fue hallado. Las malas lenguas hoy día cuentan que tres sombras desnudas se asoman sobre la Isla en las noches de lluvia y

velan por los amantes nocturnos y por aquellos que son engañados por sus parejas.

Ya sabes, antes de engañar a tu pareja asegúrate de que tu amante no se llame Ana, Marisa o Sergio.

Dulces sueños